



Sociología e Historia: un diálogo en el cambio de siglo

Marta Latorre Catalán ¹ y Héctor Romero Ramos ²

Recibido: 30-10-2017 / Aceptado: 17-03-2018

Resumen. En este artículo revisaremos la relación entre la sociología y la historia hasta la consolidación del subcampo de la sociología histórica durante la década de los setenta del pasado siglo. Veremos qué temas y problemas teóricos y metodológicos ha afrontado desde entonces y en qué contexto fueron planteados. Por último, se reflexiona sobre la vigencia de la agenda clásica de la sociología histórica (la formación histórica de los Estados nacionales, los procesos de modernización y desarrollo capitalista o las revoluciones sociales) en el actual contexto social y político, para concluir sobre cómo, paradójicamente, ante una idea de modernidad cuestionada, la mirada de la sociología histórica puede volver a girarse hacia modelos de la sociología clásica.

Palabras clave: sociología histórica; comparatismo; revolución; Estado.

[en] Sociology and History: A Dialogue at the Turn of the Century

Abstract. In this article we will review the relationship between sociology and history to the consolidation of the subfield of historical sociology during the sixties of last century. We will see what themes and theoretical and methodological problems have faced since then and in what context they made sense. Finally, we reflect on the validity of the classical agenda of historical sociology (the historical formation of national states, the processes of modernization and capitalist development or social revolutions) in the current social and political context, to conclude on how, paradoxically, before an idea of questioned modernity, the look of historical sociology can be turned to models of classical sociology.

Keywords: historical sociology; comparative method; Revolution; State.

Cómo citar: Latorre Catalán, M. y H. Romero Ramos (2018): “Sociología e Historia: un diálogo en el cambio de siglo”, *Política y Sociedad*, 55(1), pp. 19-42.

Sumario. 1. Introducción. 2. Sociología e historia, una discusión recurrente. 3. El Estado y la Revolución, ¿un giro clásico? 4. Conclusión. 5. Bibliografía.

Agradecimientos. Queremos agradecer a Zira Box, Javier Muñoz Soro y a los dos evaluadores de la primera versión de este artículo por su lectura atenta y sus sugerencias.

¹ Universidad de Murcia (España).

E-mail: mlatorre@um.es

² Universidad de Murcia (España).

E-mail: hromero@um.es

Héctor Romero participa en el proyecto de investigación “Crisis y cambios sociales: impactos en el proceso de modernización en la España del siglo XIX, 1898-2008” (HAR2014-54793-R), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

Sobre este punto siempre me entran ganas de pinchar a mis amigos historiadores. Sus desvelos por la escritura, la belleza de la forma, con ser perfectamente legítimos, les permiten a menudo evitarse las rudas tosquedades del concepto, que son sumamente importantes para el avance de la ciencia. Cuidar de la belleza del relato puede ser muy importante, porque hay que cumplir también una función de evocación, y una de las maneras de construir un concepto científico consiste en hacer que se sienta, que se vea, evocarlo casi en el sentido de Michelet, aunque no me guste mucho. ¡Es posible evocar una estructura!

Pierre Bourdieu, en *El sociólogo y el historiador*

Sin un análisis sociológico que dé cuenta de la estructura de tales élites, apenas puede juzgarse de la grandeza y mérito de las figuras históricas.

Norbert Elias, *La sociedad cortesana*

1. Introducción

Durante los primeros años del siglo XXI dos libros colectivos trataron de dar cuenta del recorrido, el estado de la cuestión y la agenda científica de la Sociología histórica en los Estados Unidos, donde ha alcanzado un mayor grado de institucionalización como área específica de estudio: *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences* (2003), editado por James Mahoney y Dietrich Rueschemayer, y *Remaking Modernity* (2005), editado por Julia Adams, Elisabeth S. Clemens y Ann Shola Orloff. Ambos libros vendrían a actualizar lo que a mediados de la década de los 80 propuso el volumen editado por Theda Skocpol, *Vision and Method in Historical Sociology* (1984), es decir, una discusión sobre cuál es la relación entre la sociología y la historia, de qué manera pueden complementarse ambas disciplinas y qué canon se podía establecer para reivindicar y fortalecer, tanto intelectual como institucionalmente, el subcampo de la sociología histórica.

En su repaso de los distintos momentos (“olas”) por los que ha pasado la Sociología histórica, Adams, Clemens y Orloff señalan los logros de la “segunda ola”, representada por autores hoy canónicos como Charles Tilly, Theda Skocpol, Michael Burawoy o Lynn Hunt, entre otros; la evolución de sus temas de estudio y sus conceptos, su relación con la sociología clásica (indiscutiblemente “histórica”), así como los dilemas teóricos y limitaciones metodológicas que afrontaron. Con un trasfondo común: cómo pensamos la modernidad. Establecían así una agenda para una nueva etapa en la Sociología histórica, orientada tanto por las puertas abiertas como por los puntos ciegos de los estudios dominantes en los 80 y 90. Temas como los procesos de modernización y el desarrollo capitalista, la formación de los

Estados nacionales y el estudio sociológico de las revoluciones daban paso al análisis de redes y al análisis institucional, la elección racional y los retos de la teoría feminista y postcolonial. Había que repensar, e incluso “rehacer”, analíticamente la Modernidad. Todo ello en un contexto que reivindicaba, después de los atentados del 11 de septiembre en Nueva York, una vuelta a la historia frente a quienes habían expedido frívola y precipitadamente su acta de defunción.

Uno de los autores que colaboraron en *Remaking Modernity*, George Steinmetz, advirtió poco después que la sociología y la historia habían vuelto a distanciarse. Recurrentemente, afirma Steinmetz, las luchas internas del campo académico de la sociología acaban en victoria de las posiciones más positivistas, que terminan imponiendo un rigor metodológico de vía estrecha con el que la perspectiva histórica se aviene mal: la prioridad por la investigación cuantitativa, la elaboración de conceptos y categorías de manera ahistórica, y la manía por acentuar la diferencia entre la estrategia analítica y la interpretativa o narrativa. Esto obliga a los investigadores a “autocontenerse”, manteniéndolos alejados del trabajo de los historiadores quienes, a su vez, desde el giro hacia la nueva historia cultural de la década de los ochenta han encontrado en otras ciencias sociales mejores compañeros de viaje, como la antropología (Steinmetz, 2007: 6). Ya a finales de los años setenta, en lo relativo a Gran Bretaña, Eric Hobsbawm advertía de que la antropología social se había convertido en una “disciplina crucial” para los historiadores (Hobsbawm, 1998: 187).

Pero diez años después el contexto es otro. La crisis financiera internacional de 2007 y la Gran Recesión; las revoluciones árabes; el cuestionamiento de la eficacia y legitimidad de las estructuras políticas supranacionales y post-soberanas; la crisis de los refugiados sirios; el avance de los nuevos fascismos en Europa o lo que, en términos tocquevilleanos, podríamos llamar el retorno de la “pasión democrática”, son fenómenos que nos obligan a pensar una vez más sobre nuestra última modernidad a partir de los largos procesos históricos que la están configurando. Y sobre qué dilemas teóricos y conceptuales y qué marcos analíticos estamos utilizando para pensarla.

En este artículo, por tanto, revisaremos de manera sucinta cuál ha sido la relación entre la sociología y la historia hasta la consolidación académica del subcampo de la sociología histórica; qué problemas teóricos y metodológicos ha debido afrontar y cuál es la vigencia de la agenda de 2005 para dilucidar, si bien de manera tentativa, en qué dirección apuntan aquellos trabajos que el diálogo entre la historia, la sociología y otras ciencias sociales está produciendo en la segunda década del siglo XXI.

2. Sociología e historia, una discusión recurrente

No es fácil distinguir sociología e historia en aquellos casos en que la historia va más allá de la descripción ordenada y plausible de un conjunto de acontecimientos y la sociología va más allá de la interpretación más o menos sofisticada de datos estadísticos, demográficos o discursivos. Entre lo que hoy se llama historia del presente y la sociología, asumiendo los matices anteriores, no hay diferencias teóricas y metodológicas sustanciales. Mejor dicho: hay las mismas o parecidas

diferencias teóricas y metodológicas que aquellas que están en disputa dentro del ámbito propio de cada una de estas disciplinas (Abbot, 2001). Como ha dicho George Steinmetz (2007: 1), “la frontera entre la sociología y la historia es tan arbitraria como aquellas que trazaron las potencias coloniales europeas sobre el mapa político de África. Ambas disciplinas se ocupan de las prácticas sociales, de su capacidad para cambiar (bien de acuerdo con sus deseos o de manera no intencional), y de su tendencia a reproducirse a sí mismas a lo largo de la historia por caminos que parecen ajenos a la historia”³.

Hemos puesto el ejemplo de la historia del presente por dejar por un momento a un lado la cuestión del tiempo, es decir, de la situación del objeto de estudio en un contexto histórico específico que no permite al sociólogo recoger información empírica en base a la interpelación directa a individuos o grupos o a la observación sistemática de sus acciones. Para aquella investigación social que sitúa su objeto en un pasado más o menos remoto se utiliza la etiqueta de sociología histórica, que es hoy un subcampo específico de la sociología notablemente institucionalizado en el mundo académico anglosajón (particularmente, en las universidades norteamericanas), muy inclinada al uso del método comparado y cuyo impacto en el desarrollo de la teoría social desde los años 70 del siglo pasado fue alto. Incluso en algún otro subcampo, como el de la sociología política, su impacto teórico ha sido, y sigue hoy siendo, fundamental. Un hecho, este último, llamativo: aquellos historiadores que miraron a la sociología y a otras ciencias sociales para definir una ruptura paradigmática con la historia política tradicional (la primera y segunda generación de la denominada escuela de los *Annales*) acabarían influyendo a una generación de sociólogos ocupados en la investigación de fenómenos principalmente políticos, como las revoluciones o el proceso histórico de formación de los Estados nacionales.

En otras tradiciones académicas, donde el espacio disciplinar de la sociología histórica no ha logrado un grado de institucionalización suficiente, hay que rastrear sus huellas en momentos puntuales y obras específicas. Y conviene rastrear más en los departamentos de historia que en los de sociología. Francia y España son dos ejemplos claros en ese sentido: han sido mucho más proclives los historiadores a incorporar conceptos y marcos teóricos de las ciencias sociales, en general, y de la sociología, en particular, que los sociólogos a hacer el camino inverso.

En Francia, el ya citado caso de la escuela de los *Annales*, que ha marcado la pauta de la historiografía francesa durante casi todo el siglo pasado, es paradigmático en ese sentido. Sin embargo, la relación que han tenido con la historia sociólogos tan esenciales como Pierre Bourdieu, por ejemplo, no ha dejado de ser sino ambivalente, a pesar de sus llamamientos desde la revista *Actes de la recherche en sciences sociales* (similares a los de Jean-Claude Passeron en *El razonamiento sociológico*, de 1991), de que en más de una ocasión confesara la influencia que había tenido sobre él la obra de Charles Tilly (Bourdieu, 2006: 16) o de que elogiara en sus cursos sobre el Estado el valor de libros como *El Estado y las revoluciones sociales*, de Sckocpol (Bourdieu, 2014: 64)⁴. En la introducción

³ Todas las traducciones son de los autores.

⁴ “El libro de Skocpol –dice Bourdieu, en sus lecciones *Sobre el Estado*– ha sido muy importante porque demostró la posibilidad de hacer sociología apoyándose en otro tipo de hechos, hechos no cuantificados sino contruidos de manera diferente. (...) Estos investigadores han demostrado que se puede hacer macrosociología basándose en datos de un nuevo tipo, los que proporciona la tradición histórica cuando se

que escribió el historiador Roger Chartier a la edición de sus conversaciones con Bourdieu, advierte sobre el grado en que este llegó a distanciarse críticamente de la historia y los historiadores franceses cuando, en medio de las polémicas sobre el retorno de una historia política y tras el turbulento bicentenario de la Revolución francesa, acusó a la historia de “rechazar cualquier reflexividad crítica, y denunció su inclinación por las falsas oposiciones, su apego a la mala filosofía, su ignorancia de los clásicos de las ciencias sociales, su preferencia por las discusiones epistemológicas vanas a expensas de las prácticas de la investigación que son, de hecho, el auténtico lugar de la reflexión teórica” (Bourdieu y Chartier, 2011: 15). Ya antes de aquel momento (las conversaciones, que fueron editadas póstumamente, se mantuvieron en radio en 1988), Bourdieu desglosaba ante Chartier algunas críticas contundentes que, precisamente, son las que habitualmente vierten, no exentos de cierta razón, los historiadores sobre los sociólogos: aquellos –dice Bourdieu– “muestran a menudo una ingenuidad extraordinaria en la utilización de las categorías. (...) Son las propias categorías con las que se construye el objeto histórico las que tendrían que ser objeto de un análisis histórico. (...) Paradójicamente, los historiadores son sin duda los más propensos al anacronismo” (Ibidem, 28-29).

En España la sociología histórica no se ha desarrollado a pesar de que sí hubo una recepción bastante intensa de los autores de la “segunda ola”. La desaparecida y muy añorada revista *Zona abierta* dio puntual noticia de las contribuciones de Sommers, Skocpol, Tilly, Perry Anderson o Lynn Hunt, con traducciones y comentarios. Ludolfo Paramio publicó allí, en 1986, “Defensa e ilustración de la sociología histórica”, un artículo muy bien informado sobre las principales aportaciones teóricas y metodológicas de esta subdisciplina, qué aportaba a la renovación del pensamiento marxista y cómo la colaboración entre sociólogos e historiadores podría resolver los problemas inherentes a cada una de estas disciplinas: “la sociología histórica nos ofrece lo más parecido a la contrastación empírica que podemos encontrar en la teoría macrosociológica”, afirmaba contundente (Paramio, 1986: 7). También en el ámbito editorial la recepción fue atenta, ya entrada la década de los noventa. De Tilly, aunque *As sociology meets History* se quedó sin traducir (y entonces, en consecuencia, pasó desapercibido), Alianza publicó *Coerción, capital y los Estados Europeos y Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, libros leídos y comentados. Lo mismo sucedió con los dos primeros volúmenes de *Las fuentes del poder social* de Mann. La aparición en 1989 del libro de Santos Juliá *Historia social/sociología histórica* contribuye a crear una atmósfera intelectual y académica que apuntaba hacia la consolidación institucional de la sociología histórica.

Pero no sucedió. La Federación Española de Sociología ha ido sumando desde entonces incontables grupos de trabajo, en algunos casos con un muy acusado grado de especialización, pero la sociología histórica no existe. Como no existe en los planes de estudio, ni en las publicaciones especializadas ni, en fin, se cultiva

aplica el método comparativo. Los límites de esta corriente los marca el hecho de que naciera para una parte de falsos problemas ocasionados por las divisiones sociales del campo científico norteamericano y convertidos en divisiones mentales y en falsos problemas. Esto no quiere decir que lo que hacen no sea interesante” (Bourdieu, 2014: 64, 65). Para un análisis de la dimensión histórica de la sociología bourdiana (o, dicho de otro modo, de su contribución a la sociología histórica), ver Steinmetz, 2011 –para quien los principales conceptos de la sociología de Bourdieu (campo, habitus, capital cultural y capital simbólico) son inherentemente históricos.

apenas, en sentido estricto, entre los investigadores. Los ecos de aquella temprana y entusiasta recepción reverberan en la obra de historiadores como Manuel Pérez Ledesma (que tuvo mucho que ver con la política editorial de Alianza en relación con la obra de Tilly) y Rafael Cruz (su libro conjunto como editores, en 1997, *Cultura y movilización en la España contemporánea*, es un buen ejemplo de fértil colaboración entre historiadores y sociólogos)⁵. Por su parte, entre los sociólogos, el impacto teórico de la sociología histórica en el campo de la sociología política, particularmente en los estudios sobre protesta política y acción colectiva, ha sido y es importante⁶. Pero, en todo caso, se trata de aportaciones escasas y aisladas, sin respaldo institucional. Las causas de que se frustrara un proceso de recepción intelectual que parecía prometedor no son fáciles de analizar. Quizá el diseño de las trayectorias académicas y los imperativos curriculares no han propiciado el diálogo entre disciplinas y el investigador interesado en la sociología histórica ha tenido que padecer las suspicacias de unos y otros en un campo académico obsesionado con el intrusismo y que en ocasiones opera con reglas algo arcaicas a la hora de luchar por la autonomía relativa de sus áreas de conocimiento.

Más allá de las distintas tradiciones académicas, intelectuales y de los desiguales procesos de institucionalización, se ha dicho muchas veces que la sociología clásica es indisociable de la perspectiva histórica. Tocqueville era historiador; una de las incontables aportaciones de Marx a la teoría social es una filosofía de la historia susceptible de ser interpretada en clave de teoría científica de los procesos de cambio social; la sociología del capitalismo de Weber parte de un ejercicio de historia económica y su análisis comparado de las éticas religiosas define y orienta el paradigma clásico de una sociología histórica comparatista. Para Gianfranco Poggi, el cometido que Weber asigna a la sociología en algunas etapas de su trayectoria intelectual es el de ser “sirvienta de la historia”, que, “si cabe decirlo así, se ocupa de equipar y surtir el cajón de las herramientas conceptuales que emplean los historiadores” (Poggi, 2006: 47).

Incluso en el caso de Durkheim, en cuya obra la relación entre la sociología y la historia no se hace tan evidente, en parte por el empeño que puso en reclamar la autonomía científica e institucional de la nueva ciencia, basta con recordar, sin embargo, los vínculos que en su origen tuvo la escuela durkheimiana con la escuela histórica de los *Annales*: el propio título de la revista fundada por Marc Bloch y Lucien Febvre en 1929, *Annales d'histoire économique et sociale*, que daría nombre para siempre a esta escuela histórica, se inspira en el *Année Sociologique*, y entre los miembros de su primer consejo editorial se contaba Maurice Halbwachs. Antes aún, tanto Durkheim como sus discípulos colaboraron con la revista de algún modo predecesora de los *Annales*, la *Revue de Synthèse*, donde publicó Febvre sus primeros trabajos (Romero y Brändle, 2017). Para Randall Collins (2004), cuya enorme y muy original contribución al desarrollo de la teoría sociológica está profundamente enraizada en la sociología clásica (weberiano militante, primero, y durkheimiano no menos entregado en los últimos años), aunque Durkheim concebía la historia como el microscopio de la sociología, como realmente funcionaría esta sería como su “macroscopio”. Finalmente, también para Comte (más allá del evidente carácter historicista de su pensamiento) la sociología

⁵ La obra posterior de Rafael Cruz ha mantenido una línea coherente en este sentido. Entre sus libros recientes, ver: Cruz, 2008 y 2015.

⁶ Un buen ejemplo es el libro que en homenaje a Charles Tilly editó María Jesús Funes (2011).

era histórica y su método propio, el comparativo. En definitiva, se puede considerar que si la sociología nace como –y lo es de forma singular– ciencia crítica del cambio social, no puede más que estudiar los fenómenos sociales desde el hecho indiscutible de su historicidad.

¿Por qué entonces esa idea, tan extendida, de la sociología y la historia como disciplinas mal avenidas –un diálogo de sordos, lo calificó Braudel (1968)–, cuyos intentos de compatibilidad sufren continuas estridencias y querellas? A comienzos de la década de los ochenta, recordando tan rotunda sentencia braudeliiana, Peter Burke reflejaba el estado del debate en Gran Bretaña, donde “muchos historiadores todavía consideran a los sociólogos como personas que exponen lo obvio en una jerga bárbara y abstracta, que carecen del sentido del tiempo y del lugar, aprisionan a los individuos en categorías rígidas y, para colmo, creen que esas actividades son “científicas”. Por su parte, los sociólogos ven a los historiadores como miopes aficionados que recogen datos sin método, cuya vaguedad solo es comparable a su incapacidad para analizarlos” (Burke, 1987: 12). En buena medida, tan enquistada querella fue un producto del contexto, mediados de los años sesenta, cuando la corriente de la sociología histórica emergió en el campo de la sociología para discutir la hegemonía teórica del paradigma estructural-funcionalista en los Estados Unidos, denunciando el carácter ahistórico de la sociología parsoniana.

Una discusión y labor de esclarecimiento paralela la venía ya desarrollando Norbert Elias, precursor injustamente olvidado, como ya señaló Ramón Ramos (1993), en el volumen que fijaría el estado de la cuestión sobre las relaciones entre sociología e historia a la vez que lanzaba el programa teórico y metodológico de la ‘segunda ola’: *Vision and Method in Historical Sociology* (Skocpol, 1984). La condición fronteriza de Elias, último clásico y primer contemporáneo en la historia de la teoría social, lo ha convertido en un pensador escurridizo a todo intento de clasificación. No ya heredero, sino discípulo directo del neo-historicismo alemán durante sus años de aprendizaje al lado de Alfred Weber, que marcaría su obra magna *El proceso de civilización*, el “Juan Bautista de la sociología histórica (...) cuyo reconocimiento es tardío, como es de esperar de quien se sitúa entre dos mundos y participa confusamente de sus verdades incompatibles” (Ramos, 1994: 27), Elias entablará una reflexión constante y minuciosa sobre la relación entre ambas ciencias a lo largo de toda su obra. Pero es seguramente en *La sociedad cortesana* (1982, publicado en 1969) donde de manera más explícita señaló hacia el primero de los puntos cardinales de la discusión:

“La clasificación sociológica predominante de las capas sociales sigue yendo a la zaga de los conocimientos empíricos que poseemos, en parte precisamente porque los sociólogos e historiadores trabajan separadamente. En efecto, los historiadores no se preocupan lo suficiente por aclarar y precisar su aparato teórico y conceptual, y los sociólogos tampoco se esfuerzan bastante por elaborar teórica y conceptualmente los conocimientos históricos particulares que hoy en día son imprescindibles.

Así, uno se contenta de ordinario con un esquema básico de la estratificación social que pone a disposición del estudioso únicamente tres conceptos –o a lo sumo, cuatro– para investigar el desarrollo de la estratificación social: nobleza, burguesía, proletariado, y quizá, como de propina, el campesinado como estrato separado.

Sobre esta base, se presentan entonces las vicisitudes de la evolución social de una manera extremadamente simplificada. Cuando la burguesía asciende –según parece– se hunde la nobleza; cuando el proletariado sube, se derrumba la burguesía. De esta manera se elabora el material de observación existente únicamente en función de que una de las formaciones sociales conocidas bajo dichos nombres desaparezca real o imaginariamente. Pero el mismo nombre oculta con frecuencia formaciones sociales de diverso tipo o, en otras palabras, distintos estadios del desarrollo social de conjunto”.

(Elias, 1982: 289-290).

Elias redonda en la postura de Weber y, como él, mantiene un diálogo implícito con el materialismo histórico: la sociología debe proveer al historiador de un aparato conceptual sólido, pero esos conceptos y categorías que el sociólogo ha elaborado deben ser historizados o, de lo contrario, dicho aparato conceptual será inútil tanto a unos como a otros. Una posición que Elias fue desgranando en su ataque teórico al paradigma parsoniano, tal y como quedó recogido en su *Sociología fundamental* de 1978.

Sin embargo, su proyecto de sociología histórica basado en la defensa de la comparación intensiva frente a la historia lineal y el análisis de periodos amplios (larga duración) frente a la atención al acontecimiento se limitó, como dice Ramos (1994: 33), “a rematar un cadáver ya bien muerto y hasta enterrado cuando él escribe”. Del lado de la historia, sus postulados coinciden plenamente con los de las dos primeras generaciones de la escuela de los *Annales*, dominante durante “la era de Braudel”; del lado de la sociología, desde mediados de los años sesenta el estructural funcionalismo había comenzado a ser seriamente contestado por una generación de sociólogos que, además de revisar la relación de la sociología clásica con la historia en cuanto a los métodos y en cuanto a los temas, había encontrado inspiración precisamente en los historiadores de los *Annales*. Son los autores que conforman la “segunda ola” de la sociología histórica. Cuando un joven Charles Tilly viajó a los archivos de la región de Angers para recoger el material empírico necesario para culminar su tesis sobre la guerra de la Vendée (que publicaría en 1964), se veía a sí mismo como “una especie de agente regional de Georges Lefebvre” (Latorre y Romero, 2011). En *Vision and Method in Historical Sociology* (Skocpol, 1984), uno de los primeros capítulos está dedicado específicamente a Marc Bloch, que destaca entre las influencias que esta generación se atribuye, junto a la del Fernand Braudel de *Sobre la Historia*.

No deja de ser llamativo que poco después de la publicación de *Vision and Method*, Lynn Hunt (1986: 213 y ss.) atribuyera la pérdida de influencia de la tercera generación de los *Annales* sobre la teoría social y la sociología histórica, entre otras razones, al “redescubrimiento” de Norbert Elias (Romero y Brändle, 2017). Junto a esto, la historiadora norteamericana también apuntaba el *giro cultural* de la sociología y el que la propia escuela de los *Annales* virase hacia la historia de las mentalidades, las críticas que lanzara François Furet a sus excesos marxistas o la irrupción de Foucault. Precisamente sobre una de las figuras destacadas de la nueva historia de las mentalidades, Philippe Ariès, lanzaría Elias una dura crítica en *La soledad de los moribundos* (recogida en Ramos, 1994: 30).

Pero más allá de que ese campo estuviera ya en buena medida cultivado, en lo que respecta al problema de una conceptualización ciega a la perspectiva histórica, la crítica de Elias sigue estando en lo esencial vigente. Como hemos visto, dos décadas después, Bourdieu le hacía a los historiadores franceses reproches similares con ejemplos igualmente parecidos a los que utilizó Elias en su recién citado estudio sobre *La sociedad cortesana*: “no se pueden hacer estadísticas longitudinales para comparar la condición social de los médicos desde el siglo XVIII hasta nuestros días sin pararse a pensar que la noción misma de ‘médico’ es una construcción histórica que no ha dejado de cambiar” (Bourdieu y Chartier, 2011: 28).

Si el primer eje de discusión permanente sobre la relación entre sociología e historia es el recién apuntado —el lugar de la teoría y los conceptos en la investigación histórica, así como el de la necesaria historización de esos conceptos en el desempeño sociológico—, el segundo eje tiene que ver con la discusión sobre la dimensión descriptiva de la historia frente a la vocación analítica de las ciencias sociales. A principios de la década de los noventa, Andrew Abbot señaló que lo que diferencia a la sociología de la historia son sus estrategias textuales: *analítica* la de la primera, *narrativa* la de la segunda. Una distinción aguda que el propio Abbott en sus trabajos más recientes de teoría sociológica trata de difuminar cuando habla de un positivismo narrativo o, últimamente, de una “sociología narrativa” (Abbot, 2016).

Como veremos en el apartado final de este artículo, algunos de los últimos esfuerzos teóricos de la sociología histórica están orientados hacia la posibilidad de hacer que el análisis histórico de la acción colectiva sea tanto sociológicamente sólido, como dramáticamente convincente (Rhomborg, 2013: 119). Para ello, se apunta a la utilización de estrategias narrativas para la construcción de conceptos sociológicos puros, como el de clase social, con el fin de que puedan ser pensados en perspectiva histórica, y en la reivindicación de una comparación intensiva basada en la acumulación de una gran cantidad de detalle histórico.

Sin embargo, para Steinmetz (2007), de esta larga historia de desconfianza mutua y malos entendidos, los sociólogos tendrían buena parte de responsabilidad, precisamente porque su fundacional preocupación por imbuirse de un estatuto científico equiparable al de las ciencias naturales les ha llevado a tratar con desdén a una disciplina, la historia, considerada como ‘meramente’ humanística. Así, tras cada uno de los giros positivistas con que la sociología resuelve regularmente las tensiones internas de un campo definido por el pluralismo teórico, la distancia y la arrogancia respecto de la historia vuelve a crecer. Una tensión que, además, tiende a reproducirse dentro del subcampo de la sociología histórica y que esta gestiona con la “proliferación de lenguajes y metodologías que ofrecen la promesa de reconfigurar la investigación histórica por caminos similares a los de las ciencias naturales” (Steinmetz, 2007: 2). Entre los ejemplos de estas fórmulas, Steinmetz incluye el concepto de “dependencia de senda” (*path dependency*), “aparentemente inocuo, tomado de la economía para suplantar la extendida convicción de los historiadores sobre la fatalidad e irreversibilidad del tiempo” y que ha centrado una parte importante de las preocupaciones metodológicas desde comienzos del siglo XXI (Mahoney, 2000; Haydu, 2010).

Esto nos conduce de nuevo a las raíces de este diálogo disciplinar. Si páginas atrás recordábamos la influencia que en los orígenes de la escuela de los *Annales* tuvo la sociología durkheimiana, no podemos tampoco olvidar las polémicas que esas mismas dos corrientes mantuvieron, ya durante aquellos años fundacionales (los de Bloch y Febvre), como consecuencia de la persistencia entre los sociólogos franceses de principios del siglo XX de la vocación comteana de hacer de la sociología “la” ciencia social por excelencia.

La sociología histórica de la ‘segunda ola’ nació bajo la influencia de la historiografía dominante durante ‘la era de Braudel’ y ha estado sujeta desde entonces a los vaivenes de las distintas generaciones de la escuela de los *Annales*. Las primeras manifestaciones de esta corriente aparecieron a mediados de los años sesenta con la publicación de los primeros libros de Charles Tilly (*The Vendée*, 1964), *The Political System of Empires* (1963) de Samuel N. Eisenstadt y *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia* de Barrington Moore Jr. (1966). Su consolidación se produjo a lo largo de la década de los setenta y los primeros años ochenta, jalonados por obras como *Strikes in France, 1830-1968* (de 1974), *The Formation of National States in Western Europe* (1975), *The Rebellious Century, 1830-1930* (también de 1975), *From Mobilization to Revolution* (1978) y *As Sociology Meets History* (1981), todas ellas de Charles Tilly (la última funcionó como un auténtico manifiesto programático de la ‘segunda ola’ y su impacto es solo comparable al que tuvo su libro *Grandes estructuras, procesos largos, comparaciones enormes*, de 1985, que trascendió el ámbito de la sociología histórica al cuestionar algunos presupuestos capitales de toda la teoría social moderna); *El Estado y las revoluciones sociales* (1979) de Theda Skocpol; *Revolution and the Transformation of Societies: A Comparative Study of Civilization* (1978) de Eisenstadt; o *Historical Sociology* de Abrams (1980), entre otros⁷.

La sociología histórica de la ‘segunda ola’ elaboró, por tanto, un cuerpo teórico y empírico de gran solidez, muy arraigado institucionalmente. Una sociología macro, teóricamente sólida, basada en la comparación extensiva y en casos significativos (Tilly) orientada al cuantitativismo.

En 1984, pero recogiendo las contribuciones a un encuentro académico celebrado a finales de los setenta, *Vision and Method in Historical Sociology* trató de fijar tanto un canon retrospectivo, como un conjunto de líneas de investigación y marcos conceptuales propios para un subcampo cuya altamente valorada recepción intelectual más allá de Estados Unidos hacía prever más días de gloria. Sin embargo, a pesar de la fértil trayectoria de alguno de sus protagonistas, es a partir de su publicación cuando, inesperadamente, el acercamiento entre la sociología y la historia decae. Las grandes obras de aquella generación ya habían sido escritas.

Un disenso creciente se fue manifestando, especialmente durante la década de los noventa, a través de distintas líneas de fractura: por ejemplo, una mayor atención a las instituciones, el giro de género y el enfoque postcolonial, entre otros. Adams, Clemens y Orloff encuentran en ese punto una gran convergencia en cuanto al interés por determinados procesos históricos, pero una no menor falta de consenso teórico. El reto de la sociología histórica pasaba por encontrar

⁷ Un buen análisis del surgimiento de esta corriente atendiendo al estado del campo de la sociología norteamericana de la época en Steinmetz, 2005: 137 y ss.

convergencias dentro de ese disenso, y encontrarlas, precisamente, releendo a los clásicos a los que, justamente, los autores de la segunda ola hubieron de recurrir. “Debemos ‘rehacer la modernidad’, es decir, criticar y reconstruir las categorías modernas que han sostenido la sociología histórica hasta hoy” (2005: 3).

Resulta valioso comparar, por ejemplo, los epílogos de *Vision and Method* y *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*, ambos escritos por Skocpol (1984 y 2003, respectivamente). En el segundo, Skocpol se ve impulsada a “clarificar la misión y defender el método” (Skocpol, 2003: 414) de los daños causados por el giro cultural (que ha problematizado el uso del método comparado), el hipercuantitativismo de los adalides del *Designing social inquiry* y los teóricos de la elección racional, “que desprecian los estudios en perspectiva histórica comparada como simples historias narrativas” inservibles para teorizar.

Para Adams, Clemens y Orloff (2005: 30-63), algunas de esas perspectivas han pasado necesariamente a configurar la nueva agenda de investigación de la sociología histórica (sobre todo, la elección racional y el giro cultural) junto al institucionalismo y el análisis de los procesos de oportunidad institucional, el análisis de redes, el giro feminista y una atención renovada a los sistemas mundiales y el postcolonialismo; una agenda con la que dibujar un nuevo mapa del mundo que no se corresponde ya con el que trazaran los autores de la segunda ola (Ibidem, 56).

3. El Estado y la Revolución, ¿un giro clásico?

Como hemos visto en los epígrafes anteriores, las últimas compilaciones sobre el estado de la cuestión en el campo de la sociología histórica han hecho compatible el diagnóstico sobre el retorno de la historia en el momento en que se ha desvanecido el espejismo de su defunción con la conservación de la agenda teórica y metodológica de los años 90. Apenas diez años después, esa compatibilidad ha estallado. Al menos dos grandes procesos sociopolíticos inmediatamente posteriores al establecimiento de aquella agenda de investigación han puesto a prueba el conocimiento acumulado en torno a dos temas cardinales del programa tradicional de la sociología histórica: el Estado y la Revolución. De un lado, el advenimiento de la crisis financiera internacional en 2007 tras la caída de Lehmann Brothers y sus efectos, devastadores, particularmente sobre las economías europeas; del otro, el estallido de una sucesión de procesos revolucionarios en los países árabes del norte de África conocido como la ‘primavera árabe’.

La Gran Recesión ha tenido y aún tiene un impacto social y político cuyo alcance estamos lejos de prever. La crisis de la deuda y su gestión han cuestionado la solidez institucional y la viabilidad del proyecto político de la Unión. Para cuando el BCE dio un giro ‘a la norteamericana’ en sus actuaciones y la situación se estabilizó, la Unión hubo de enfrentar la crisis de los refugiados que produjo la guerra de Siria (y que vino a agravar una situación migratoria que ya era dramática en el mediterráneo), con resultados igualmente discutidos. La respuesta tardía y descoordinada de la UE y, particularmente, su incapacidad para imponer una acción común de los Estados miembros para dar respuesta a la crisis humanitaria ha erosionado la legitimidad del proyecto europeo, tanto desde el punto de vista de

la eficacia como desde el de la ejemplaridad. Ambos fenómenos han puesto de manifiesto la urgencia de repensar conceptos como los de Estado y soberanía. También el de democracia. Es cierto que la demanda de ese esfuerzo de esclarecimiento no es nueva; desde la crítica de Beck en los años ochenta al nacionalismo metodológico y su defensa de un programa de investigación cosmopolita adecuado al contexto de la modernidad reflexiva, hasta la tonelada de literatura sobre la Globalización que se produjo en los años noventa, la cuestión sobre el fin del Estado lleva más de tres décadas sobrevolando la teoría social (Mann, 1997). Lo que quizá sí sea nuevo son los indicios que apuntan a buscar ese esclarecimiento en el pensamiento sociológico clásico, revisitando sus interpretaciones y retomando algunos de sus conceptos, así como una reflexión sobre cómo se pueden garantizar los derechos fundamentales en un sistema político postsoberano o una estructura supranacional. Cuestiones que se había planteado la filosofía política de posguerra (la Arendt de *Los orígenes del totalitarismo*) se han situado de nuevo en nuestros días en un primer plano dramático. Hemos reparado, en fin, en que no conocemos experiencia democrática más allá del Estado.

La Gran Recesión ha producido unos niveles de endeudamiento y un crecimiento del desempleo, especialmente en las economías periféricas de la eurozona (pero no solo), que ha castigado a las clases trabajadoras y erosionado a las clases medias. Daños que han tenido y aún tienen consecuencias en términos de desafección política y repliegue nacionalista. El impacto de la crisis sobre las bases sociales de las democracias europeas de posguerra nos invita a desempolvar los libros fundamentales de la teoría social liberal de Montesquieu y Tocqueville. Consideraciones sobre la adecuación entre régimen político y estructura social o sobre el retorno de la pasión y la envidia democrática han vuelto a aparecer en la discusión política de nuestros días, igual que lo hacen las distintas reflexiones y análisis sobre el impacto de la crisis en la estructura de clases, que ha dado lugar a la aparición de conceptos como el de trabajadores pobres o el de “preariado”.

De igual modo, la *primavera árabe* nos obliga a contrastar la validez del conocimiento acumulado sobre las revoluciones en el campo de la sociología histórica⁸. El proceso revolucionario que comenzó el 14 de enero de 2011 en Túnez, que acabaría con la caída del régimen de Ben Ali tras 23 años en el poder abriendo un proceso de transición a la democracia aún en curso, encontró eco inmediato con oleadas de protesta en Jordania, Argelia, Yemen y Marruecos. Semanas después que en Túnez, estalló la revolución en Egipto, quizá el caso cuyo proceso revolucionario, Termidor incluido, ha traído más reminiscencias al observador occidental. Estos procesos, jalonados por la guerra (civil con intervención internacional) que acabó con el fin del régimen de Gadafi en Libia y la guerra (en este caso, “civil internacional”) que aún hoy destruye Siria, siguen abiertos y sus consecuencias habrán de contemplarse aún durante años, si no durante generaciones. La búsqueda, una vez más, de una teoría sociológica de la revolución capaz de integrar en lo posible las raíces (procesos de transformación estructural de larga duración) que condujeron a la situación revolucionaria, el curso siempre accidental de la revolución misma y los resultados revolucionarios (por utilizar la terminología *tillyana*), supone un punto capital en la agenda de la sociología histórica de hoy.

⁸ Sobre el estado de la teoría sociológica de las revoluciones a comienzos del siglo XXI, ver Goldstone, 2003.

Detengamos, pues, ahora nuestra atención en algunos trabajos recientes que, a nuestro juicio, sirven de indicios para hablar de un ‘giro clásico’ en el programa de revisión teórica de la sociología histórica. Veamos algunos ejemplos de discusión sobre la recuperación del concepto de clase (especialmente, de la importancia de pensar con rigor los procesos de formación de clase), sobre la vigencia de las teorías sociológicas clásicas de la revolución de Marx y Tocqueville o, por último, sobre la actualización de tipo ideal weberiano de “patrimonialismo” o el de Elias de “configuración”, aplicados a problemas sociales de hoy y analizados en perspectiva histórica.

En un artículo publicado con motivo de la conmemoración de los cincuenta años de la publicación del libro de E. P. Thompson sobre *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Chris Rhomberg (2013: 118) advertía de cómo “irónicamente, el abandono intelectual de la clase social como variable durante las últimas décadas ha sucedido precisamente cuando la desigualdad económica ha aumentado bruscamente en muchos países y el mundo lucha por recuperarse de la crisis financiera capitalista global”. Son inevitables las suspicacias que despierta la reivindicación ritual que de Marx y del marxismo se hace siempre en tiempos de crisis (a pesar de que, como advirtió Hobsbawm, la más contundente de estas reivindicaciones no se produjera precisamente en ese contexto, sino tras la caída del bloque soviético y fuera enunciada por parte de la teoría económica liberal, fascinada por el valor precursor que la primera parte del *Manifiesto comunista* albergaba a propósito de la globalización), pero para nuestro propósito la reflexión de Rhomberg –su lectura y uso de Thompson– es muy pertinente, al menos por dos razones: de un lado, por su consideración de la clase como “un medio necesario pero no único de la formación de los actores y de la agencia política”; y, de otro lado, por aplicar el concepto no como “una estructura objetiva, sino como un proceso activo, una relación dinámica y no una cosa”. De lo que se deriva que estos procesos “suceden en y a través del tiempo y la forma narrativa es la mejor manera para representarlos” (Rhomberg, 2013: 119-120).

Así, estamos ante un concepto de clase histórico y de corte clásico, pero no excluyente, sino articulado con otros ejes que conforman tanto las identidades colectivas como las relaciones de poder y desigualdad social, como la étnica o el género. Además, estamos ante una posición metodológica que sondea las posibilidades analíticas de un concepto aplicado a partir de una estrategia narrativa. “No comparto –insiste Rhomberg– el prejuicio común en las ciencias sociales hacia la narración como un mero relato descriptivo. Al contrario, creo que todo buen análisis histórico de la acción colectiva debe ser tanto sociológicamente sólido, como dramáticamente convincente”. Una forma de entender la clase social, la de Thompson, como “biografía colectiva”, que “no son simples variables o, incluso, resultados, sino personajes de una trama, integrados en un argumento narrativo y desarrollados a través de la interacción con otros personajes o actores colectivos” (Ibídem, 119-120).

El aspecto sobre el que Rhomberg quiere llamar la atención del trabajo clásico de Thompson –y que nos interesa observar ahora para enjuiciar el sentido del diálogo que la sociología y otras ciencias sociales pueden mantener con la historia– es cómo con una narración cuidadosa y convincente apoyada en una enorme cantidad de material empírico, de detalle histórico, y una arquitectura conceptual

sencilla, alcanza resultados analíticos, explicaciones, de notable solidez científica. Una estrategia que ya había destacado William Sewell –otro autor que ha explorado las confluencias entre historia y ciencias sociales– al comienzo de la década de los noventa: un marco teórico flexible capaz de integrar argumentos metodológicos claros. En el caso de Thompson, esos argumentos son, primero, la formación de clase durante un periodo de tiempo concreto en base a tradiciones culturales comunitarias de más profundo anclaje temporal y, segundo, el desarrollo de las formas de organización política que pasan a orientar la acción colectiva. En suma, un modelo de análisis que conjuga “la atención por el detalle, los intentos por ‘rescatar’ lo que no ha sido articulado históricamente y el problema estilístico de representar a los actores en la historia” (Ibidem, 121). Un modelo clásico que, sin embargo, permite incorporar enfoques y preocupaciones propios de la sociología histórica de la última hora: rescatar lo que hasta hoy no había sido articulado históricamente.

La construcción y el uso de un concepto de clase como biografía colectiva plantea también problemas. Entre ellos, “la aceptación de la continuidad en el desarrollo de los actores colectivos, la exclusión de otras identidades de la narrativa de la formación de clase y el problema de la cosificación” (Ibidem, 124). Aunque podemos alegar que el problema de la continuidad, incluso el de la cosificación, se resuelven, de algún modo, con la misma medicina –a saber: concreción espacio-temporal para un análisis intenso y empíricamente rico en cuanto al detalle histórico capaz de captar los giros y discontinuidades que se producen durante el proceso de formación y movilización de clase (al surgimiento de nuevos actores, por ejemplo)–, en efecto, esta concepción dinámica de la formación de clase plantea dificultades en aquellos momentos donde no hay movilización o al menos no de manera manifiesta. Este tipo de situaciones de aparente estabilidad política es el que ha llevado en determinados momentos a que el análisis de clase desapareciera u ocupara un lugar marginal en la agenda de investigación. Se impone entonces un análisis fuerte del contexto político y socioeconómico capaz de relacionar la clase con otras dinámicas de formación de la identidad colectiva, pero “analizar esas dinámicas, múltiples y frecuentemente interrelacionadas, es complicado en la medida que definimos a un solo grupo o movimiento, de clase o de otro tipo, como nuestro principal sujeto narrativo” (Ibidem, 124). Un problema sobre el que ya había llamado la atención Andrew Abbott en las primeras formulaciones de su *sociología narrativa*.

Para perfilar su apuesta por una versión corregida del análisis de clase de Thompson, Rhomberg opta por contrastar *La formación de la clase obrera en Inglaterra* con otra obra con la que converge en algunos aspectos (aunque él solo destaque alguno de ellos): primero, ha alcanzado igualmente la categoría de clásico; segundo, es ejemplo de un trabajo histórico con enorme impacto y en permanente diálogo con la sociología y otras ciencias sociales, singularmente con la ciencia política; tercero, su autor es contemporáneo de E. P. Thompson; y cuarto, ambos autores parten de una concepción marxista tradicional de la clase social. Se trata de *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, de Barrington Moore Jr. Además, más allá de estas convergencias, Rhomberg encuentra en Moore algunas respuestas para superar los recién señalados límites que el modelo de clase como biografía colectiva presenta al investigador.

Frente a Thompson, Barrington Moore Jr. maneja un concepto de clase más “objetivo”, a su juicio importante para poder lanzarse a un análisis comparado y extensivo, tremendamente ambicioso (pues implica a “media docena de poderosos Estados-nación a través de los siglos y alrededor del mundo”), muy distinto del estudio intensivo, localizado y concreto planteado por Thompson. Además, “Moore niega con frecuencia que las clases tengan cualquier tipo de auto-conciencia colectiva coherente en sus acciones, y mucho menos de sus consecuencias (...). Para Moore, las clases, como entidades colectivas organizadas, no actúan: son sus miembros quienes lo hacen” (Ibidem, 127). En términos generales, como es sabido, el enfoque de Moore, en línea con la revisión de la teoría clásica de la revolución que hacen los sociólogos de la segunda ola, prioriza las estructuras a la hora de establecer líneas de causalidad: la revolución acontece cuando el Estado es débil o las coaliciones de élites fracasan. La formación de una clase consciente de su papel político de desafío al poder es un proceso que existe, pero que cumple un papel marginal en el proceso de cambio, si es que en última instancia lo cumple. Además, como destaca Rhomberg, “subestima claramente las tradiciones y valores culturales como factores explicativos, considerándolos el reflejo del cambio de las circunstancias y los intereses materiales” (Ibidem, 128).

Así, el proyecto comparatista de Barrington Moore Jr., de una ambición weberiana, no es sin embargo sensible a esta metodología que, por el contrario, sí alumbró el trabajo intensivo de E. P. Thompson, sobre todo a lo largo de la primera parte de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Una cuestión sobre la que nos detendremos más adelante: la recuperación hoy de un programa de investigación para la sociología histórica comparada que, heredero de Weber⁹, pueda combinar la ambición comparatista con la convicción de que es el material empírico intensivo, el detalle histórico, el elemento decisivo en el análisis comparado. En la obra de Moore encontraríamos respuesta a aquellos problemas que, como el de la discontinuidad o la cosificación, lastran la concepción de la clase social interpretada como biografía colectiva. Pero a costa de sacrificar la agencia (Rhomberg, 2013: 129). Y es precisamente un giro hacia la agencia una de las direcciones en que apunta el programa de investigación de la sociología histórica reciente (Biernacki, 2005).

Detengámonos ahora en la cuestión de la Revolución. En 2014, Princeton University Press reeditó, dentro de su colección ‘Princeton Legacy Library’, el libro de Tim McDaniel *Autocracy, Modernization and Revolution in Russia and Iran*. Publicado originalmente en 1991, se trata de un magnífico estudio comparado de ambas revoluciones atendiendo específicamente, a partir de un enorme acopio de información histórica, a las causas de ambas revoluciones, esto es, a las condiciones históricas que explican la quiebra de los regímenes con los que ambos procesos revolucionarios dieron fin. Una reedición oportuna en un momento en que tocaba evaluar el acervo teórico de la sociología de las revoluciones en el marco de la totalmente imprevista ‘primavera árabe’.

Fallecido en 2009, Tim McDaniel había dejado inacabada una obra sobre la relación entre el Islam y la modernidad, en una línea de investigación que en los últimos años había producido trabajos parciales, pero relevantes, que se separaban, por ejemplo, de la tendencia general post 11 de septiembre a centrar el foco del

⁹ Para una lectura crítica del legado de Weber en ese sentido, ver Kalberg, 2012.

análisis en el terrorismo internacional y la yihad (McDaniel, 2007). Esa línea de trabajo surge de su primer estudio comparado sobre la revolución rusa y la iraní.

McDaniel también quiso contrastar su concepto de ‘modernización autocrática’ con la obra de Barrington Moore Jr. (McDaniel, 2014: 5, 9). En esta ocasión, no se trataba en principio de cuestionar su concepto de clase o el problema de la agencia (lo que sí había hecho, como veremos, en su trabajo anterior sobre la revolución rusa), sino de evaluar el encaje de su hipótesis en el esquema teórico general de las diferentes vías hacia la modernización, sus tres rutas alternativas hacia el mundo moderno, y particularmente con una de ellas, la modernización conservadora. Así, la de la modernización autocrática es una vía más, no contemplada por Moore, y construida desde el análisis de la revolución rusa y la iraní de 1979 que, significativamente, se convertirían en “los únicos ejemplos claros de los que Huntington llamó ‘revoluciones occidentales’” (Ibidem, 5).

McDaniel no tiene empacho en reconocer que en su enfoque “todo suena muy pasado de moda”. A lo hora de explicar qué concepto de autocracia y de ejercicio autocrático del poder maneja, se retrotrae sin mayor problema al definido por, entre otros, Montesquieu: “poder personal, en teoría ilimitado y con frecuencia, pero no necesariamente, basado en la selección o guía divina”. Un poder cuyo ejercicio “no es necesariamente muy efectivo; de hecho, la debilidad paradójica del poder autocrático en su esfuerzo por impulsar la modernización” del Estado es una de las claves analíticas de su propuesta. Es poder que se ejerce arbitrariamente y que “depende más de la voluntad del monarca que del funcionamiento de las instituciones”. El autócrata “desconfía de las ideologías oficiales y se resiste a impulsar la creación de movimientos sociales pro-régimen o partidos políticos”. La arbitrariedad en el ejercicio del poder despótico, por mucho que este sea y centralizado que esté, tiene siempre consecuencias políticas, a saber: “inhibe la aparición de organizaciones basadas en una burocracia racional. Construye el desarrollo de organizaciones sociales con capacidad para representar la voluntad y canalizar la acción colectiva de los distintos sectores de la sociedad. Determina además cómo el poder se ejerce en otros ámbitos de la vida social, como las relaciones entre empresarios y obreros o entre terratenientes y campesinos. (...) Buena parte de los límites de esta forma de poder autocrático solo pueden ser superados mediante una transformación hacia otro tipo de régimen político, como los de partido único con capacidad de movilización que, aun manteniendo muchos rasgos de la autocracia tradicional, consiguen establecer sin embargo un sistema nuevo de relaciones entre la sociedad y el Estado” (Ibidem, 7).

Lo que cataliza la caída de los regímenes del zar Nicolás II y del Shah Mohamed Reza es el fracaso de ambos autócratas al aplicar una serie de políticas de modernización de cuya necesidad estaban convencidos por mucho recelo con el que las contemplaran. La puesta en marcha de planes de rápida modernización socioeconómica no solo socavó la legitimación de esos regímenes, sino que provocó un grado notable de fragmentación social. Frente al modelo teorizado por Moore de modernización conservadora o capitalismo reaccionario, donde las élites jugaron un papel clave en el proyecto estatal para el desarrollo económico (el caso alemán), impulsando políticas coherentes y sostenidas, en el modelo de modernización autocrática, la desconfianza hacia las élites y la arbitrariedad en el ejercicio del poder conduce a un proceso acelerado de fragmentación social y

frustración de expectativas que genera inestabilidad y redundante en la deslegitimación del autócrata.

Además, McDaniel, de nuevo frente a Moore, insiste en negar el carácter principalmente campesino de la revolución rusa y no debe en ese sentido equipararse a la revolución china (Ibíd., 11). En su trabajo anterior sobre la revolución rusa (McDaniel, 1988), destaca la importancia de una clase trabajadora industrial de Moscú y Petrogrado, que desbordaba con creces la capacidad de organización y movilización del partido bolchevique, y que fue en un primer momento el catalizador decisivo de la revolución. Sociológicamente, situar la lente en el proceso concreto de formación de clase y el conjunto de fisuras que se abren coyunturalmente entre el Estado y otros sectores de la sociedad para posibilitar esa formación es prioritario para una comprensión cabal de las revoluciones; procesos cuyas raíces deben analizarse en el largo plazo, están sujetas al azar de los acontecimientos concretos del proceso revolucionario y cuyas últimas consecuencias se manifiestan durante años y generaciones. McDaniel insiste también en aquel primer libro en defender una “lógica clásica de análisis” de la revolución, basada en Tocqueville y Marx, que vincula la industrialización, la emergencia de movimientos sociales de protesta y el análisis del propio proceso revolucionario, es decir, analizar la revolución a partir de los movimientos sociales que producen las contradicciones del Antiguo Régimen en el poder. Y lo hace, explícitamente (y en un momento en que los autores de la segunda ola eran hegemónicos en el campo de la sociología histórica) frente a Tilly, Skocpol y Barrington Moore Jr., es decir, frente a modelos “altamente estructurales que desenfatan el impacto independiente de los movimientos sociales protagonizados por las clases bajas y desatienden el análisis del proceso revolucionario mismo”. En fin, desafía la célebre fórmula de Skocpol de que las revoluciones no se hacen, sino que suceden (McDaniel, 1988: 5). Defiende, por tanto, frente a las coaliciones de élites, la quiebra del Estado o el impacto de las relaciones internacionales, una atención narrativa del proceso revolucionario, una concepción de la historia desde abajo que tenga en cuenta la agencia y un concepto de clase analizado desde el punto de vista de su propia formación.

Su libro sobre Rusia e Irán recibió críticas de Tilly y de Goodwin, precisamente por su desatención de las causas estructurales. Su libro, para Tilly, “mostraba una sorprendente indiferencia a la dimensión geopolítica, fiscal y militar, hacia los que la lectura de Theda Skocpol le debería haber sensibilizado. En cuanto al caso ruso, por ejemplo, la Guerra ruso-japonesa y la primera guerra mundial desaparecen en cuanto causas efectivas de la revolución”¹⁰. En su respuesta a Goodwin, McDaniel insistía en una defensa del análisis intensivo y del relato histórico: Weber tenía razón, es en los detalles donde se encuentra lo efectivamente relevante para el análisis histórico comparado.

Debemos destacar las coincidencias entre Rhomberg, McDaniel, Steinmetz y Bourdieu a la hora de enjuiciar la obra, cuyo carácter renovador de la ciencia social de su época todos reconocen y alaban, de Barrington Moore Jr. y, en general, de los modelos teóricos rígidos, causales. Para Steinmetz, Moore es un ejemplo de cómo “hasta los sociólogos más preocupados por la historia han enmarcado sus trabajos de manera ahistórica”, y critica específicamente la propuesta de analizar cada caso

¹⁰ Reseña publicada en *The American Political Science Review*, 86, diciembre de 1992, p. 1084.

de revolución o acontecimiento histórico como si hubiera de quedar inscrito en tramas análogas que encajen en un patrón experimental (Steinmetz, 2007: 4). Bourdieu, en sus lecciones *Sobre el Estado*, definió esta crítica con su habitual contundencia: “Moore es el más consecuente como comparatista: quiere aislar una variable considerada como variable principal y ver cómo varía lo que sucede cuando esta variable varía. Evidentemente, esto supone una increíble mutilación” (Bourdieu, 2014: 120).

Fuera del ámbito de la sociología histórica norteamericana, una vía similar la encontramos en el análisis temprano (2012) que de las revueltas árabes ha ofrecido el historiador y politólogo francés, discípulo de François Furet, Hamit Bozarslan, quien plantea la necesidad de aplicar un concepto heredado de la sociología de Norbert Elias, el de “configuración revolucionaria” (Bozarslan, 2012: 55)¹¹. Las reminiscencias clásicas de su enfoque son diáfanas: “la revolución es ese momento preciso en el que los Palacios siguen llenos pero ya no deciden nada. La calle lo decide todo, pero no ha tomado el Palacio” (García, 2012: 102).

La misma apuesta por revisar conceptos y modelos explicativos clásicos, revirtiendo en parte el desarrollo teórico que avanzara la sociología histórica de la segunda ola en su relectura de esos mismos clásicos, pero matizados por la agenda del cambio de siglo, explica los últimos trabajos de Julia Adams, una de las editoras de *Remaking Modernity*. Adams, que ancla su reflexión en el impacto repentino de la primavera árabe (Charrad y Adams, 2011: 6), opta por recuperar y revisar el concepto weberiano de patrimonialismo como forma típico-ideal de autoridad tradicional. El ejemplo de concepto weberiano que Elias trató de desmontar en *La sociedad cortesana*: “precisamente porque Weber intentaba plasmar una tan extraordinaria cantidad de observaciones particulares, el modelo de lo que denomina “patrimonialismo” está construido con demasiado poco rigor y amenaza deshacerse en las manos. (...) Frente al empleo extensivo de pruebas documentales, la investigación intensiva de un único régimen parece ofrecer algunas ventajas para construir el modelo sociológico de una autocracia no carismática” (Elias, 1982: 36).

Junto a Mounira M. Charrad, que había estudiado (2001) la cuestión de los derechos de las mujeres y su relación con el Estado en Túnez, Argelia y Marruecos, Adams matiza el concepto de patrimonialismo para pensar las revueltas de los países árabes en base a algunos elementos postcoloniales de la sociología histórica reciente. Pero abren el concepto al estudio de la relación entre formas de poder basadas en el parentesco y las identidades y estrategias políticas forjadas en las redes de solidaridad familiar con la dimensión estatal y el sistema de relaciones interestatales en el contexto del sur global. En el número monográfico que publican en 2011 en los *Annals of the American Academy*, enfatizan el hecho de que la

¹¹ En el mismo monográfico de *Sociología Histórica* aparece una entrevista con Bozarslan en la que, preguntado por la conexión entre sociología e historia, aprecia para el caso francés cómo “ciertos historiadores se ven tentados de volver a una historia descriptiva, una historia no conceptual. Es como si los últimos treinta años de conceptualización, de *Begriffsgeschichte*, los hubieran fatigado. Pero lo esencial de la corriente historiográfica sigue siendo bastante conceptual. Por otro lado, también es verdad que ciertos sociólogos intentan afianzar su posición. No sólo en relación con la historia, sino también con otras corrientes sociológicas. Y, cuando leo, por ejemplo, sobre la sociología de la movilización, a veces me quedo asustado. Los términos están tan codificados, la metodología está tan codificada, que no veo la utilidad que pueda tener el análisis de un proceso, o de qué modo servirá el trabajo de campo” (Entrevista con Hamit Bozarslan, por Marie-Carmen García, SH 1 2012: 107).

tríada “patrimonialismo, burocracia y modernidad” siga siendo una clave para la interpretación de “nuestra turbulenta época” (2011: 9) e incluyen trabajos sobre las mafias modernas y las bases de la solidaridad grupal en el crimen organizado (Randall Collins); la Rusia de Putin o la política exterior actual de los Estados Unidos, “donde políticos elegidos democráticamente han delegado un poder coercitivo neopatrimonial a empresas de mercenarios para librar las guerras de Irak y Afganistán, y se han sorprendido después por la pérdida de control que tal acto de delegación implicaba” (Ibidem, 11).

4. Conclusión

Las relaciones entre la sociología y la historia han sido conflictivas desde que comenzara a institucionalizarse la primera a comienzos del siglo XX. Los orígenes positivistas de la sociología como disciplina académica en busca de la consolidación y el reconocimiento de un estatuto científico precario y siempre discutido han lastrado un diálogo que, sin embargo, es inherente a la sociología clásica, indiscutiblemente ‘histórica’. Ni siquiera la adscripción de Max Weber al neohistoricismo y la clara perspectiva histórica y uso del método comparado en el que se inscriben sus obras principales ha permitido que sociología e historia hayan convivido con naturalidad, toda vez que las primeras síntesis teóricas entre la tradición alemana consolidada por Weber y la positivista francesa de Durkheim hipertrofiaran el peso del legado del segundo sobre el del primero en lo que respecta al uso de la historia para elaborar conceptos y marcos teóricos generales y ambiciosos.

La historia, como disciplina antigua, aunque sujeta como cualquier otra a las tensiones internas de su campo específico y a las que provoca la lucha por su autonomía respecto de los demás campos (e igualmente sujeta al pluralismo teórico y paradigmático propio de las ciencias anfíbias, esto es, aquellas que no pueden disociarse de su otra cara humanística), tiene ventajas para adoptar posiciones flexibles y abiertas en su relación con otras ciencias sociales: la historia económica, primero, y la historia social, después, son dos ejemplos claros. El retorno de lo político que preconizaran algunos autores de la “segunda ola” fue perfectamente asumido por los historiadores que, más allá de las disputas internas y la quiebra de los paradigmas dominantes, siempre supieron que la historia política no había desaparecido nunca de la escena (Pérez-Garzón, 2014). El enriquecimiento teórico y metodológico que supuso para los historiadores poder incorporar las perspectivas de los Tilly, Skocpol o Moore, está fuera de duda y late aún hoy con nitidez entre los historiadores del cambio político, las revoluciones o la violencia colectiva y la protesta social y política. Los sucesivos “giros” –cultural, de género, postcolonial– de las últimas décadas han permitido a la historia abrirse al diálogo con otras ciencias sociales como la antropología. En la entrevista antes citada con Hamit Bozarslan, este asegura sentirse con ventaja por pertenecer a una institución, la École des Hautes Études, donde hoy “el término antropología histórica no le choca a nadie”. Sin embargo, la sociología no ha sabido beneficiarse en la misma medida de esa flexibilidad y ha optado desde los años noventa y quizá hasta hoy por

estrechar la carreta de doble sentido a través de la cual se comunicaba con la historia (Steinmetz, 2007: 6, 7).

Como hemos visto, ya desde los años setenta y de manera acusada desde los ochenta, mientras disciplinas como la ciencia política y la sociología se inclinaban hacia las teorías de la acción racional, la antropología y la historia fueron más sensibles al culturalismo y al post-estructuralismo (Adams, Clemens, Orlof, 2005: 12, 39). Incluso la sociología histórica se acabaría aproximando más a la antropología cultural y la historia social, como demuestran los trabajos de Sewell (*Work and Revolution in France*, 1980) y Calhoun (*The question of class struggle*, 1982) (Steinmetz, 2005: 143), o el desarrollo que durante esas mismas décadas alcanzó la “etnohistoria” (Krech, 1991).

En este artículo hemos revisado algunos episodios donde la relación entre la sociología y la historia ha sido más fértil. Hemos tratado de recoger aquellas líneas de discusión que, a nuestro juicio, se han mantenido detrás de cada uno de estos encuentros y desencuentros. De un lado, la cuestión de la exigencia teórica y de rígida conceptualización de la sociología frente a la historia, que prefiere renunciar a esa exigencia a cambio de poder incorporar una mayor cantidad de información empírica y detalle contextual. De otro lado, aunque muy vinculado a lo anterior, el perpetuo debate sobre las distintas estrategias textuales que enunciaran Andrew Abbot (o con más distancia irónica, Bourdieu). De acuerdo con esto, la historia es un saber narrativo, mientras que la sociología es una disciplina exclusivamente analítica. Como hemos visto, la sociología histórica más reciente apunta en ocasiones a resolver esa tensión y dejar de mirar con recelo el trabajo descriptivo o, mejor dicho, comienza a ser consciente de que a través de una narración rica y convincente la formación de conceptos susceptibles de ser debidamente historizados es posible y deseable.

Persisten, además, problemas metodológicos. Uno de ellos, el que afecta al método comparado, discutido o problematizado desde siempre en el ámbito de la historia y particularmente en el caso de la sociología histórica, que ha hecho del comparatismo su bandera. Desde la crítica de Elias a Weber hasta las planteadas desde el postestructuralismo, primero, y el postcolonialismo, después (Steinmetz, 2014: 413), el método comparado ha estado y está siempre bajo sospecha. Más allá de altas disquisiciones epistemológicas, la simplificación de los casos como consecuencia de una falta de información suficiente ha lastrado siempre la macrohistoria comparada, dando la sensación de que se privilegiaban las coincidencias abstractas antes que resolver los problemas que plantea el particularismo de los casos. Sirva como ejemplo la crítica que de pasada deslizaba hace poco José Álvarez Junco de las “decepcionantes páginas” que dedicó Tilly al caso español en su macro estudio sobre la formación de los Estados nacionales en Europa (Álvarez Junco, 2016). La misma decepción que puede sufrir cualquier historiador competente de la España del siglo XX al leer libros recientes, y premiados, de sociología histórica comparada como *The Civic Foundations of Fascism in Europe: Italy, Spain and Romania (1870-1915)*, de Dylan Riley (una obra, por lo demás, valiosa en muchos aspectos y que desde el punto de vista teórico es un ejemplo más del giro clásico de la sociología histórica reciente que hemos querido apreciar en este artículo). Basta, a veces, con mirar la bibliografía de referencia.

El ya mencionado carácter histórico de la sociología clásica hace que en el campo de la sociología histórica la relectura de los clásicos sea particularmente recurrente: cada “ola” ha adecuado su agenda y programa de investigación a partir de una recuperación o reivindicación del primer canon de la disciplina. Así pasó con la respuesta de los Tilly, Bendix, Skocpol y Moore al paradigma estructural funcionalista y las teorías de la modernización dominantes hasta finales de los años sesenta. Así ha sucedido cuando se ha recogido el legado de aquella generación y se ha adecuado a una agenda de investigación que en nuestras disciplinas está determinada, siempre, por las tendencias y los problemas sociales y políticos que nos ocupan.

Hemos tratado de mostrar cómo en el contexto actual se viene imponiendo una nueva lectura de la teoría sociológica clásica ante la necesidad de revisar teorías y conceptos sobre los que el conocimiento acumulado había alcanzado un alto grado de consenso. La crisis de legitimidad de las democracias europeas como consecuencia de la Gran Recesión y su impacto sobre las bases sociales de nuestros regímenes políticos o las revoluciones y guerras aún en curso en los países árabes nos han obligado a poner a prueba explicaciones y marcos de análisis que habían sido construidos en perspectiva histórica. A veces escondidos entre efemérides y reediciones de libros pasados, como los cincuenta años de la publicación de un libro de E. P. Thompson o el centenario de la Revolución bolchevique, vuelven a nosotros miradas y marcos de análisis que nos interpelan muy directamente con su recobrada actualidad. Hemos puesto algunos ejemplos, como el concepto de clase, el análisis comparado de las revoluciones sociales desde esquemas puramente toquevilleanos o más apegados al marxismo clásico o la recuperación de conceptos como el de patrimonialismo que, matizados por las exigencias de la crítica epistemológica, abren nuevos caminos en la relación entre la historia y las ciencias sociales.

Así, hemos apreciado un giro clásico, narrativo y basado en la comparación intensiva y el predominio empírico del detalle histórico para el análisis comparado. La sociología debe prestar una atención más generosa a las enseñanzas de la historia; al hecho, por ejemplo, de que esta no se empache de volver una y otra vez sobre los mismos problemas sin ofuscarse en una idea de cumulatividad del conocimiento pautada por las exigencias del enfoque positivista. A partir de esta, una nueva estrategia de cumulatividad, de flexibilidad de los marcos teóricos, la construcción narrativa e histórica de los conceptos y la atención al detalle histórico, puede ensancharse el camino que comunica ambas disciplinas, y que ha sido el propio de la sociología histórica en sus distintas fases de consolidación académica y científica.

5. Bibliografía

- Abbot, A. (2016): *Processual Sociology*, Chicago, University of Chicago Press.
Abbot, A. (2001): *Chaos of Disciplines*, Chicago, University of Chicago Press.
Adams, J. (2011): “1-800-How-Am-I-Driving?”, *Social Science History*, 35(1), pp. 1-17.
Adams, J., E. Clemens y A. S. Orloff, eds., (2005): *Remaking Modernity: Politics, History, and Sociology*, Durham, Duke University Press.

- Álvarez Junco, J. (2016): *Dioses útiles*, Madrid, Galaxia Gutenberg.
- Biernacki, R. (2005): "The Action Turn? Comparative-Historical Inquiry beyond the Classical Model of Conduct", en J. Adams, E. Clemens y A. S. Orloff, *Remaking Modernity: Politics, History, and Sociology*, Durham, Duke University Press, pp. 75-91.
- Bourdieu, P. (2014): *Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France (1989-1992)*, Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, P. y R. Chartier (2011): *El sociólogo y el historiador*, Madrid, Adaba.
- Bozarslan, H. (2012): "Reflexiones acerca de las configuraciones revolucionarias en Túnez y Egipto", *Sociología Histórica* 1, pp. 55-67.
- Braudel, F. (1968): *La Historia y las Ciencias sociales*, Madrid, Alianza.
- Burawoy, M. (1989): "Two Methods in Search of Science: Sckocpol versus Trotsky", *Theory and Society* 18(6), pp.759-805.
- Burke, P. (2015): *The French Historical Revolution: the Annales School, 1929-2014*. Stanford, Stanford University Press.
- Burke, P. (1987): *Sociología e Historia*, Madrid, Alianza.
- Charrad, M. M. y J. Adams (2011): "Patrimonialism, past and present", *AAPSS*, 636, pp. 6-15.
- Clemens, E. (2010): "Democratization and Discourse: The Public Sphere and Comparative Historical Research", *Social Science History* 34(3), pp. 373-381 (*Special Section: History and the Social Sciences: Taking Stock and Moving Ahead*).
- Clemens, E. (2005): "Afterword: Logics of History? Agency, Multiplicity, and Incoherence in the Explanation of Change", en J. Adams, E. Clemens y A. S. Orloff, eds., *Remaking Modernity: Politics, History, and Sociology*, Durham, Duke University Press.
- Collins, R. (2004): *Macrohistory. Essays in Sociology of the Long Run*, Stanford University Press.
- Cruz, R. (2015): *Protestar en España, 1900-2013*, Madrid, Alianza Editorial.
- Cruz, R. (2008): *Repertorios. La política de enfrentamiento en el siglo XX*, Madrid, CIS.
- Cruz, R. y M. Pérez Ledesma, eds., (1997): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial.
- Diehl, D. y D. McFarland (2010): "Toward a Historical Sociology Social Situations", *American Journal of Sociology* 115(6), pp. 1713-1752.
- Elias, N. (1982): *La sociedad cortesana*, Madrid, FCE.
- Funes, M^a J., ed., (2011): *A propósito de Tilly: conflicto, poder y acción colectiva*, Madrid, CIS.
- García, M.-C. (2012): "Entrevista con Hamit Bozarslan", *Sociología Histórica*, 1, pp. 89-107.
- Goldstone, J. A. (2003): "Comparative Historical Analysis and Knowledge Accumulation in the Study of Revolutions", en *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*, New York, Cambridge University Press, pp. 41-90.
- Haydu, J. (2010): "Reversals of fortune: path dependency, problem solving, and temporal cases", *Theory and Society* 39(1), pp. 25-48.
- Hobsbawm, E. (1998): *Sobre la Historia*, Barcelona, Crítica.
- Hunt, L. (1986): "French History in the Last Twenty Years: The Rise and Fall of the Annales School", *Journal of Contemporary History* 21, pp. 209-224.
- Hunt, L. y J. Revel (2012): "History: Past, Present, and Future. A Conversation between Lynn Hunt and Jacques Revel", *Perspectives in History*, American Historical Association (diciembre 2012).

- Juliá, S. (2010/1989): *Historia social/sociología histórica*, Madrid, Siglo XXI.
- Kalberg, S. (2012): *Max Weber's Comparative-Historical Sociology Today*, Surrey, UK, Ashgate.
- Koller, A. (2010): "The Public Sphere and Comparative Historical Research: An Introduction", *Social Science History* 34(3), pp. 261-290 (*Special Section: History and the Social Sciences: Taking Stock and Moving Ahead*).
- Krech, S. (1991): "The State of Ethnohistory", *Annual Review of Anthropology*, 20, pp. 345-375.
- Latorre, M. y H. Romero (2011): "Revolución y contrarrevolución: *The Vendée* y las raíces intelectuales de la sociología histórica de Charles Tilly", en M^a J. Funes, ed., *A propósito de Tilly: conflicto, poder y acción colectiva*, Madrid, CIS.
- Mahoney, J. (2000): "Path dependence in historical sociology", *Theory and Society* 29, pp. 507-548.
- Mahoney, J. y D. Rueschemeyer, eds., (2003): *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*, New York, Cambridge University Press.
- Mahoney, J. y D. Rueschemeyer, eds., (2003): "Comparative Historical Analysis. Achievements and Agendas", en *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*, New York, Cambridge University Press, pp. 3-38.
- McDaniel, T. (2007): "The Strange Career of Radical Islam", en J. N. Wasserstrom, G. Grandin, L. Hunt y M. B. Young, *Human Rights and Revolutions*, Lanham, Maryland, Rowman&Littlefield, pp. 169-188.
- McDaniel, T. (1991): *Autocracy, Modernization and Revolution in Russia and Iran*, NJ, Princeton University Press.
- McDaniel, T. (1988): *Autocracy, Capitalism and Revolution in Russia*, Berkeley, University of California Press.
- Mann, M. (1997): "Has Globalization Ended the Rise and Rise of the Nation-State?", *Review of International Political Economy* 4(3), pp. 472-496.
- Paramio, L. (1986): "Defensa e ilustración de la sociología histórica", *Zona Abierta*, 38, pp. 1-18.
- Pérez-Garzón, J. (2014): "Sobre la Historia política y la vuelta del Estado", en P. Díaz, P. Martínez Lillo y A. Soto, *El poder de la Historia: huella y legado de Javier M^a Donézar Díez de Ulzurrun*, Madrid, UAM, pp. 35-50.
- Poggi, G. (2006): *Weber*, Madrid, Alianza.
- Ramos, R. (1994): "Del aprendiz de brujo a la escalada reflexiva: el problema de la historia en la sociología de Norbert Elias", *REIS* (65), pp. 27-53.
- Ramos, R. (1993): "Problemas textuales y metodológicos de la sociología histórica", *REIS* (63), pp. 7-28.
- Rhomberg, Ch. (2013): "Clase y acción colectiva: escribir historias sobre actores y eventos", *Sociología Histórica*, 3, pp. 117-144.
- Romero, H. y G. Brändle (2017) "Annales School", en B. S Turner, ed., *Wiley Blackwell Encyclopedia of Social Theory*, Londres, Wiley (en imprenta).
- Steinmetz, G. (2017): "Field Theory and Interdisciplinarity: History and Sociology in Germany and France during the Twentieth Century", *Comparative Studies in Society and History*, 59(2), pp. 477-514.
- Steinmetz, G. (2014): "Comparative History and Its Critics. A Genealogy and a Possible Solution", en P. Duara, V. Murthy y A. Sartori, *A Companion to Global Historical Thought*. Malden, MA, Wiley-Blackwell.

- Steinmetz, G. (2011): "Bourdieu, Historicity, and Historical Sociology", *Cultural Sociology* 5(1), pp. 45-66.
- Steinmetz, G. (2007): "The Relations between Sociology and History in the United States: The Current State of Affairs", *Journal of Historical Sociology* 20(1/2).
- Steinmetz, G. (2005): "The Epistemological Unconscious of U.S. Sociology and the Transition to Post-Fordism: The Case of Historical Sociology", en J. Adams, E. Clemens y A. S. Orloff, eds., *Remaking Modernity: Politics, History, and Sociology*, Durham, Duke University Press, pp. 109-157.
- Skocpol, Th. (2003): "Doubly engaged social science: the promise of comparative historical analysis", en J. Mahoney y D. Ruesmayer, *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*, New York, Cambridge University Press, pp. 407-428.
- Skocpol, Th. (1984a): "Sociology's Historical Imagination", en *Vision and Method in Historical Sociology*, NY, Cambridge University Press, pp. 1-20.
- Skocpol, Th. (1984b): "Emerging Agendas and Recurrent Strategies in Historical Sociology", en *Vision and Method in Historical Sociology*, NY, Cambridge University Press, pp. 356-391.
- Skocpol, Th., ed., (1984): *Vision and Method in Historical Sociology*, NY, Cambridge University Press.